

vía hoy se llama la *fuelle de Isabel*. Al rededor de este sitio hay una plantacion espesa que le oculta á la vista de la mayor parte de los transeuntes, y algunos pequeños restos de un cercado; el pueblo ha dado á este conjunto el nombre de *Jardin de Isabel*. Mas léjos, en la parte baja oriental de la montaña que domina á Wartbourg, y entre esta montaña y la antigua Cartuja, consagrada en 1394 á la Santa ¹, se despliega á la vista un valle encantador atravesado por un plácido arroyo que corre por medio de praderas llenas de rosas y lirios; sobre los flancos proyectan su sombra venerables encinas, restos de los antiguos bosques de la Germania. En uno de sus recodos forma este valle una garganta secreta y solitaria donde hay una cabaña que en otro tiempo fue capilla. En este sitio reunia Isabel á los pobres, amigos de Dios y suyos; allí la conduckia su ingeniosa é incansable ternura por senderos extraviados, y al través de los

das im Jahr 1702, lebende und schwebende Eisenach.

¹ Esta Cartuja, que se llamaba Elisabethenhaus, tambien ha sido completamente arrasada. Solo queda una piedra que es un sepulcro. Sobre el área está hoy la casa de correccion y el jardin botánico.

bosques, cargada con víveres y socorros, para ahorrar á los infelices el trabajo de la penosa subida al castillo, y tambien para sustraerse á las miradas de los demás hombres. Todavía hoy llaman á esta garganta solitaria *Campo de los lirios*; á la humilde cabaña *Reposo de los pobres*; y todo el valle llevaba todavía no ha mucho el dulce nombre de *Valle de Isabel* ¹.

CAPÍTULO XIV.

Que el duque Luis volvió al lado de su esposa, y como administró recta justicia á sus amados monjes de Reinhartsbrunn.

Confidit in ea cor viri sui.

(Prov. xxxi, 2).

In tribus placitum est spiritui meo... concordia fratrum, et amor proximorum, et vir et mulier bene sibi consentientes.

(Eccli. xxv, 1, 2).

Mientras tanto el duque Luis, sabedor sin duda de los males que afligian á su pue-

¹ He tomado estas noticias sobre el terreno mismo en junio de 1834. Hoy el valle ha sido bautizado de nuevo, y le llaman Marienthal, en honor de una gran duquesa de Sajonia-Weimar.

blo, pidió y obtuvo del Emperador el permiso de volverse á su casa. Salió en 22 de junio de 1226, yendo á hacer noche en Cremona la víspera de san Juan á punto que encendian las hogueras en todas las alturas, segun costumbre. Despues de atravesar con felicidad los Alpes, llegó á alojarse en casa de un príncipe que los historiadores no nombran, aunque se sabe era pariente cercano y amigo suyo, y por consiguiénte tal vez un duque de Baviera de la casa de su madre. Fue hospedado obsequiosa y magníficamente; y despues de un festin amenizado con música y canto, le acompañaron hasta su dormitorio. Allí el príncipe, curioso de saber á dónde llegaba la virtud de su huésped, habia dispuesto que le tuviesen colocada en la cama una jóven muy hermosa. Luis, que vió aquello, dijo á su copero el señor de Varila: «Echa «de aquí sin ruido á esta jóven, y dale un «marco de plata para que se compre un «manto nuevo, por si tal vez la miseria la «obliga á andar en estos pasos. Te digo in- «genuamente, que aun cuando el adulterio «no fuese un pecado contra Dios, y un es- «cándalo á los ojos de mis hermanos, nun- «ca consentiria en cometerle, únicamente

«por amor de mi querida Isabel y por no «contristarla y turbar su alma.» Al dia siguiente por la mañana, como el príncipe comenzara á chancearse sobre el suceso de la noche anterior, atajóle Luis diciendo: «Sabed, primo, que por todo el Imperio ro- «mano no cometiera yo tal pecado.»

Continuando su viaje, llegó Luis á Augsburgo el dia 2 de julio, y allí se detuvo quince dias á fin de sostener para con el Duque de Baviera la causa de Enrique, hijo del Emperador, y conseguirle el permiso de presentarse en su corte. Terminada felizmente esta negociacion, tomó nuevamente el camino de su Turingia recibiendo grandes honores y obsequios á su paso por Schweinfurt de parte del vecindario; pero habiéndole dado despues de cenar aviso de que su mas mortal enemigo el conde Poppon de Henneberg trataba de atacarle y sorprenderle aquella noche, para evitar este riesgo se marchó de allí al punto, anduvo toda la noche, y llegó á Wartbourg al dia siguiente, viernes, hácia la hora de nona.

La noticia de la próxima llegada del Príncipe muy amado difundió en toda la Turingia una inmensa alegría. Todos aque-

llos pobres famélicos miraron el regreso de su padre y generoso protector como la señal del término de sus desdichas. No menos vivo fue el gozo de su madre y de sus jóvenes hermanos; pero el de Isabel sobrepujo el de propios y extraños, y excede á toda ponderacion. Al fin volvian sus ojos á ver, tras la ausencia mas larga que habia hecho despues de casado, á aquel esposo tan querido, único ser que la comprendia y simpatizaba con todos los vuelos de su alma hácia Dios y la vida perfecta. Verdad es que en cambio ella era tambien la única que, con ese maravilloso instinto que Dios comunica á las almas santas, habia sondeado toda la riqueza del alma de su esposo, que á los ojos de los demás era un hombre vulgar con los mismos sentimientos y pasiones que los otros príncipes contemporáneos suyos. Los altos empleados de la casa del Duque, singularmente el senescal y el mariscal, temerosos de la cólera de su señor en cuanto llegara á saber el despilfarro de sus tesoros y provisiones, se habian adelantado á recibirle y denunciarle las insensatas larguezas de la Duquesa, refiriéndole como, á despecho de todos sus esfuerzos para estorbarlo, esta señora habia

dejado completamente vacíos los graneros de Wartbourg, y dilapidado todos los caudales encomendados á su custodia. Tales quejas y reclamaciones en aquellos momentos no produjeron otro resultado que irritar al Duque, el cual les contestó: «¿Está buena mi esposa?... ved lo que deseo «saber; el resto no me importa nada.» Y luego añadió: «Tened entendido que mi «mejor deseo es que Isabelita haga cuantas «limosnas quiera, y que en esto le ayudeis «vosotros en vez de contrariarla, si quereis «darme gusto: dejadla dar por Dios cuanto «guste, con tal de que me deje únicamen- «te á Wartbourg, Eisenach y Naumbourg. «Todo lo demás Dios nos lo volverá cuando «fuere de su agrado: por dar limosna no «hemos de arruinarnos jamás.» Y dicho esto corrió presuroso á ver á su amada Isabel, cuyo gozo al encontrarse en presencia de su esposo no tuvo límites: arrojóse en sus brazos, le besó mil veces con la boca y el corazon. «Cara hermana, dijo Luis mien- «tras la tenia abrazada, ¿qué ha sido de la «familia y servidumbre en este año tan ma- «lo?—He dado á Dios, dijo ella, lo que era «suyo, y Dios nos ha guardado á tí y á mí «lo que era nuestro.»

Añade una tradicion, que paseándose el Duque á lo largo y ancho del salon con la Duquesa, vió que por debajo de las puertas entraba el trigo con tal abundancia que se andaba por encima del grano. Enviado el senescal por el Duque á saber la causa de aquel fenómeno, volvió diciendo que las arcas estaban tan llenas de trigo que rebosando el grano se derramaba por los suelos. Los Duques dieron gracias á Dios por ello; y luego el señor de Varila refirió á la Duquesa como en casa del Príncipe habian puesto á prueba la fidelidad de su esposo, y como éste habia triunfado de la tentacion. Oyéndolo ella, se hincó de rodillas y dijo: «Señor, yo no merezco tener tal marido; dadnos á ambos vuestra santa gracia para guardar la santidad del matrimonio, para alcanzar junto á Vos la vida eterna.»

Apenas vuelto á sus hogares, el noble y piadoso Príncipe comenzó á entender en los intereses de sus vasallos. Mientras velaba con inteligente prudencia en las graves negociaciones que el Emperador le habia encomendado no obstante su extrema juventud, estaba siempre con espada en mano para la defensa de los monjes y los pobres.

Así es que mientras interponia su mediacion entre el Emperador y el rey de Boemia Ottocar, y trataba el matrimonio de la hija de este Soberano con el jóven rey de Romanos Enrique, hacia una excursion por sus Estados á fin de descubrir y remediar los daños y abusos que durante su ausencia en Italia pudieran haberse cometido contra el pobre pueblo. Muchos caballeros de Osterland que habian oprimido á sus súbditos y turbado la seguridad pública huyeron en cuanto supieron que se acercaba el Príncipe, el cual mandó ocuparles los castillos y demoler los de Sulz y Kalbenruck ¹.

Tan luego como pudo pasó á visitar á su querida abadía de Reinhartsbrunn, cuyo abad se le quejó de que un señor de las cercanías, el de Saltza, aprovechándose de la ausencia del Duque, se habia apropiado un terreno propio del monasterio y situado sobre la montaña llamada Aldenberg que domina el valle donde aquel está situado; y que habiendo construido en él un reducho fortificado, vejaba de continuo á los mon-

¹ Berthold. Miss. Este capellan, que sin duda acompañó á su señor en todas sus expediciones, nos ha dejado un minucioso relato de ellas.

jes y dependientes del monasterio. Esta queja la dieron al Duque el mismo día en que llegó, que era un sábado. Al momento expidió órdenes al baillío de Wartbourg y al de Eisenach para que al amanecer del día siguiente se presentaran con la gente de armas y las escalas para el asalto. El Duque oyó una misa rezada al alba del domingo; encargó al abad que no hiciera la procesion ni dijera la misa conventual hasta que él volviera; y luego montando á caballo marchó al frente de la tropa á atacar el castillo. La sorpresa fué completa, el castillo tomado por asalto, y su dueño hecho prisionero y conducido á pié á la abadía amarrado con cadenas: el Duque mandó que saliera la cruz procesional, delante los prisioneros encadenados, y él y su comitiva detrás. El chantre entonó el verso, *Domine, humiliasti sicut vulneratum superbum*; y todos los religiosos contestaron: *In brachio virtutis tuae dispersisti inimicos tuos*: concluida la misa, el Duque tomó al señor de Saltza juramento de no intentar en adelante cosa alguna contra la abadía, y luego le puso en libertad, y mandó arrasar el castillo, tomado por la mañana.

Nada hubiera el buen Príncipe sentido

tanto como el ser gravoso al monasterio; por lo cual para el gasto de su casa, en las temporadas que pasaba allí, tenia cocina y bodega propias dentro del edificio: al marchar, siempre quedaban restos bastantes para mantener la comunidad por tres dias. Pero el domingo este de la expedicion contra el castillo de Saltza, el abad rogó al Duque que se dignara comer con él, y al efecto le sirvió una abundante y rica mesa. El tesorero quiso pagar el gasto á los monjes, pues así se lo habia mandado el Duque llamándole aparte despues de la comida; pero la comunidad se obstinó en negarse á recibir cosa alguna, como cumplia á monjes bien nacidos, dice el limosnero que nos ha dejado la relacion de esta escena. «Amado señor tesorero, decian, toda «nuestra pobreza está á la disposicion del «señor Duque hoy y siempre que guste «honrarnos con su compañía; en manera «alguna tomaremos el dinero.» Con estas razones el tesorero cedió de su empeño y marchóse con el Duque; pero á mitad del camino habiéndole éste preguntado si habia cumplido sus órdenes, y contestando el tesorero que no, por haberse negado los religiosos á tomar cosa alguna; «Pues vol-

«veréis ahora vos allá, replicó vivamente el Duque, y ya que no pagásteis con mi dinero, como yo mandé, pagaréis ahora de vuestro bolsillo.» Y así tuvo que hacerlo el pobre hombre, dando la vuelta para la abadía á pagar hasta el último maravedí.

Poco tiempo despues el abad del mismo monasterio avisó por escrito al Duque de que *unas personas de importancia* le habian robado un tonel de vino y seis caballos. El Duque escribió á aquellos señores para que sin demora reparasen aquel daño; pero como no hicieran caso alguno de la reclamacion, el Duque, al frente de un ejército, entróse por la Franconia, de donde eran los señores del robo, y devastó las tierras de los culpables, á quienes además obligó á venir descalzos, en camisa y con un dogal al cuello, á dar al convento una satisfaccion del agravio. Lo cual hecho así, púsolos en libertad, pero tomándoles juramento de que enviarian al monasterio una gran cantidad de vino bueno y muchos caballos de recibo.

Un poco despues de estos sucesos hubo gran corte ó asamblea de príncipes en Merseburg, á donde acudieron casi todos los

señores de Misnia, Sajonia y la Marca de Brandemburgo. Vinieron igualmente los de Hesse y Turingia, guiados por el ejemplo de su duque Luis que tambien se presentó allí con Isabel, seguida de numerosa corte. Señalóse esta reunion con un suceso que pinta bien las costumbres de la época de que hablamos. Un caballero de Turingia, muy afamado por su valor y piedad, llamado Gauthier de Settelstædt, amigo y dignatario de la casa del duque Luis, era de la comitiva de su Soberano en esta expedicion, y llevaba consigo una dama de singular hermosura montada en un corcel soberbio y con su magnífico halcon en el puño. Durante el camino hacia Gauthier un alto cada tres millas para justar contra todo viniente, y con la condicion de que si le vencian perderia su armadura y equipajes, el palafren y el halcon de la dama, teniendo ésta tambien que pagar su rescate con un anillo de oro. Si, al contrario, era él quien vencía, el caballero vencido habia de entregar á la dama un anillo de oro. En todas las paradas se disputaron los caballeros el honor de medir sus armas con Gauthier; por lo cual se vió éste siempre precisado á escoger adversario para cortar

la disputa. En esta forma hizo el viaje de ida y vuelta en la expedición á Merseburg sin que nunca le venciesen; de modo que al llegar á Turingia la dama tenia en cada uno de los dedos un anillo, pagado por cada caballero de los vencidos. Estos diez anillos los regaló Gauthier á las damas y doncellas de Isabel, que muy contentas con tal obsequio, así como su señora, dieron muy cordiales gracias al gentil y cumplido paladin.

CAPÍTULO XV.

Que el buen duque Luis se cruzó; y del gran sentimiento con que se despidió de sus amigos, de su familia y de la amada santa Isabel ¹.

Osculantes se alterutrum, fleverunt pariter.

(I Reg. xx, 41).

Quo abiit dilectus tuus, ó pulcherrima mulierum? Quo declinavit dilectus?

(Cant. v, 17).

Aprende tú á dejar por amor de Dios algun pariente y entrañable amigo.

(Kempis, lib. II, c. 9).

Poco tiempo duró á la Turingia el gozo de disfrutar de la presencia de su amado Príncipe despues de su vuelta de Italia; é Isabel, que tan grande alegría tuvo al verle de nuevo en sus brazos, iba á ser pronto condenada á una nueva separacion, mucho mas larga y llena de inquietudes. En

¹ El Duque tenia entonces veinte y siete años, y santa Isabel diez y nueve.